

Como el recuerdo borroso de lo que fue y ya no existe

Silva

DANIEL ÁNGEL

Seix Barral, Bogotá, 2019, 216 pp.

ES LA tarde del 23 de mayo de 1896, toda la mañana ha llovido y José Asunción Silva ve en la lluvia el símbolo de su muerte. Así comienza *Silva*, novela en la que el escritor Daniel Ángel reconstruye los últimos días de vida del celebrado poeta. “Si no lo matan, él mismo halará el gatillo”, nos advierte el narrador en la primera página. “¿Por qué no reaccionas de una vez y te pegas un tiro?”, se pregunta Silva más adelante, parado frente a un espejo, justo antes de que la mujer a la que mandó por un té al restaurante El Castillo le entregara un sobre que abrirá horas después y del que extraerá una inquietante invitación a sus propias exequias.

A pesar de lo que la misteriosa carta pareciera sugerir, *Silva* no es un thriller policíaco ni tampoco una novela de suspenso. Faltan muchos elementos temáticos, argumentales y estructurales del género que, de estar presentes, expondrían la novela a la fácil tentación de hacer de José Asunción Silva un personaje manido y banal, mero recipiente de fórmulas narrativas comerciales que hoy por hoy abundan y aburren.

Silva va por otros derroteros, por fortuna, pues será insólito que el lector no sepa, o al menos vislumbre en las primeras páginas, el destino fatídico del personaje que da nombre al libro. La visión de Daniel Ángel juega con la posibilidad de que a José Asunción Silva lo hayan matado, pero no excluye la versión más romántica y extendida del suicidio. La polémica, de vieja data, por cierto, poco le quita o le añade a la novela. La pregunta que anima la lectura no es *quién* mató a Silva, sino *qué* lo estaba matando, es decir, cuáles eran las penas que nutrían su poesía y desencadenaron su infortunio.

La angustia existencial del poeta se expresa, sobre todo, en la manera en la que enfrenta las actividades banales del día a día: una visita al médico, una cena familiar, algunos momentos de ocio y soledad en los que recuerda las

dichas y desgracias de su agitada vida. Hay una intención, manifiesta en la novela, de desmitificar al poeta oficial de la posteridad, y de presentarlo bajo una luz más humana y asequible. El José Asunción Silva de *Silva* es, ante todo, un tipo incomprendido, un genio ridiculizado por muchos y apreciado por pocos, un comerciante fracasado, un aristócrata en la ruina, un hipocondríaco incorregible, un hombre vanidoso al que lo atormenta comprobar que tiene caspa.

Es evidente que, para escribir *Silva*, Daniel Ángel tuvo que emprender una tarea de investigación y consulta de archivos tanto o más minuciosa que la que habría necesitado si hubiera escrito una biografía, de lo que se desprende la pregunta: ¿qué ofrece *Silva* al lector que no se encuentre ya en *Almas en pena chapolas negras*, de Fernando Vallejo, o en *El corazón del poeta*, de Enrique Santos Molano? Entre muchas posibles respuestas, yo me quedo con esta: la posibilidad de un acercamiento íntimo, entrañable y profundo al personaje, como solo es posible en la ficción.

Encarnar la voz interior e inédita de uno de los más grandes poetas colombianos es una tarea de por sí difícil, por no decir imposible, lo cual tal vez explique la decisión de emplear un narrador omnisciente y externo que recurre al estilo indirecto libre, las analepsis y el monólogo interior para representar hasta donde puede la perspectiva con la que Silva veía al mundo y se veía a sí mismo. En algunos pasajes, el entusiasmo por el material de archivo lleva a Ángel a abarrotar la narración con detalles que quebrantan la lógica interna de la ficción. Así ocurre con el recuento que Rafael Uribe Uribe hace de su escape del ejército conservador, y sin embargo hay otros más logrados y francamente conmovedores, como aquel sobre el naufragio del *Amérique*, por ejemplo, en donde las pinceladas de época dan fondo y peso al episodio.

La novela había sido publicada ya en 2017 bajo el título *En esa noche tibia de la muerta primavera*, y se había hecho con el primer puesto del II Concurso de Novela Universitaria de la Universidad Industrial de Santander. El cambio de título es significativo. En la edición de Seix Barral el verso del famoso “Nocturno III” es reemplazado por el apellido del poeta. El

título original, alusivo y esquivo, hace énfasis en su poesía y anticipa las circunstancias de su muerte; el segundo es mucho más escueto y concentra la atención en el personaje.

Es una pena que uno de los poetas más grandes que ha dado este país sea para muchos tan solo un rostro barbudo en un billete, una pesada figura institucional o un verso repetido en un aula hasta el sinsentido. Queda la esperanza de que libros como el que nos presenta Ángel ayuden a darles nueva vida a la poesía de Silva y a sus lectores. “No todos los muertos son iguales”, piensa el protagonista de la novela mientras cabalga de madrugada al encuentro con su destino. Está pensando en los poetas, en las penas que padecen y en el legado que las justifica:

[...] ellos comprenderán a la muerte porque solo será el último escalón del descenso, solo será la confirmación real de que alguna vez estuvieron vivos y amaron y sufrieron por la pérdida y, por lo tanto, comprenderán en aquel último suspiro de su trasiego que valió la pena haber padecido por esos labios, por la imagen de esa montaña, de ese valle, por haber bebido de esos senos el néctar de la noche, a pesar de tener el estómago vacío, por haberlo perdido todo por unos versos que en cien años leerá o recordará algún niño melancólico que querrá quitarse la vida, y entonces aquel llorará al comprender que muchos otros sufrieron ya por él y querrá seguir viviendo para que algo en su vida, en lo que quede, valga enteramente la pena.

Daniel Ángel contó en una entrevista que cuando tenía doce años ganó un concurso distrital de poesía cuyo premio era la antología *José Asunción Silva en el colegio*, editada por la Casa de Poesía Silva. Ese libro fue fundamental para él, pues le reveló que había alguien en el mundo que era capaz de comprender y de expresar lo que él sentía. Justo sería que su novela llegara a otros y los conmoviera como lo conmovió a él ese primer encuentro con la poesía de Silva.

Santiago Cepeda